

Sevilla y el obispo de Córdoba son los hombres fuertes de la empresa— para escribir sobre sus vivencias una novela que se llamará «Desde la sombra a la calle».

¿QUE VIENE EMILIO ROMERO?

Pero no han quedado aquí los ceses en las direcciones de los periódicos sevillanos. Casi nadie ha hablado del de Ignacio Arroyo (legionario retirado, hombre de confianza de los antiguos equipos azules de Prensa del Movimiento) como director del vespertino «Sevilla». Porque en esta ocasión, todo se ha ido en hablar del nuevo director, que es Manuel Benítez Salvatierra, un periodista muy combativo y muy consecuente con sus ideas, que le hicieron, en 1961, inaugurar la serie de periodistas en la cárcel, cuando el gobernador civil (del Opus Dei) don Hermenegildo Altonazo Moraleda, lo metió en Ranilla a causa de un artículo que «César del Arco» —que es su seudónimo de batalla, su nombre de guerra periodística— había publicado preguntándose si las trágicas inundaciones del Tamarguillo podrían haber sido evitadas con previsión por el Gobierno. El relevo en el vespertino del Movimiento «Sevilla» parece que va más allá del director. Cuando Emilio Romero, en plena Feria de Abril, daba posesión a Salvatierra, todos pensaban que se ponía algo más en marcha. Que no era otra cosa que aquel viejo proyecto de Romero, cuando dirigía «Pueblo», de hacer los grandes regionales de Sindicatos. Como ahora Romero manda la Prensa del Movimiento, ha cambiado el nombre del caballo blanco de esta operación periodística de poner pisos caros en provincias, pero sigue su espíritu. Cuando Salvatierra tomaba posesión, nadie sabía si lo hacía del poco leído «Sevilla» o de algo más. «Sevilla», evidentemente, marcha mal. Se cuenta que en una visita de Juan Aparicio en sus años míticos de jerarca de la prensa azul preguntó:

—¿Ustedes, cuánto tirán?
—No —le respondieron—, los tiramos todos, Aparicio, porque nadie lo lee.

Más recientemente, en la visita de un gobernador civil, Ignacio Arroyo hacía ver al jefe provincial que bajo la cabecera iba la frase de José Antonio «Amamos a España porque

no nos gusta». A lo que el gobernador respondió:

—Pues a mí me pasa igual con tu periódico, Ignacio; lo amo porque no me gusta absolutamente nada.

Con la llegada de Salvatierra ha comenzado a escala regional el traspase «Pueblo»-Prensa del Movimiento, que se inició hace ya meses en Madrid. Por vez primera fuera de la capital del Reino, todos los hombres de Emilio Romero (los de la delegación sevillana de «Pueblo», que dirige Salvatierra) pasan a Prensa del Movimiento, con una consigna hasta ahora insólita en aquella casa: hacer periodismo, que Pyresa informe de las huelgas y las reuniones de la progresía, etcétera. De forma que la delegación sevillana de «Pueblo» se ha quedado tan sola como la ermita del Rocío de la copla; todos están ya o van a estar en el «Sevilla».

¿Para qué? Para hacer los grandes regionales que Emilio Romero quiso abordar desde «Pueblo».

De «Sevilla», en poco tiempo se va a pasar a «Suroeste», el gran regional del Movimiento para Andalucía Occidental. Edificio ya hay, uno de nueva planta en el Polígono Store de Sevilla; gente, la de «Sevilla», más la de la delegación hispalense de «Pueblo». Sólo faltan las máquinas, que parece que llegarán pronto. Entonces, «Sevilla» desaparecería, y se convertiría en «Suroeste», diario de la mañana. Con «Suroeste» desaparecerían dos viejos diarios azules andaluces («La Voz del Sur», de Jerez, y «Odiel», de Huelva), cuyas gentes quedarían como redactores para las correspondientes ediciones provinciales. El virreinato andaluz de Salvatierra-Romero parece que tendría sus confines en las provincias de Sevilla, Huelva y Cádiz, ya que el diario «Córdoba» —que al menos cubre gastos, si no gana— nadie piensa tocarle, con sus máquinas y su edificio reciente.

Así que Sevilla tendrá pronto tres diarios de la mañana: «ABC» de Sevilla, «El Correo de Andalucía» y «Suroeste», y hasta quienes piensan que así se deja la exclusiva de la tarde a la edición andaluza de «Pueblo». Otros creen que no, que «El Correo...» pasará a ser diario de la tarde, con mucho deporte y mucho conflicto. Si es que antes no lo han cerrado, a pesar de la cabeza de Villagrán. ■ ANTONIO BURGOS.

tre los receptores— y algún que otro profesor universitario extranjero —entre los conferenciantes y comunicantes—.

Si unimos la celebración de este Congreso con las noticias difundidas últimamente acerca de efectos erosivos de los vientos del Norte en la meseta y en el valle del Ebro, de la celebración del Día Mundial Forestal —en el que han participado millares de estudiantes españoles de forma activa— y de los resultados recientes de las estadísticas, por citar algunos ejemplos, nos encontramos ante un estado de cosas que refleja una situación contradictoria.

¿Por qué se permitió en su día la creación de una especialidad universitaria de Geografía sin tener en cuenta las posibles aplicaciones profesionales de los futuros —ya presentes— licenciados?

Parece obvio que formar especialistas en la ciencia del espacio para destinarlos a proporcionar a los niños un mayor conocimiento de la distribución espacial de los fenómenos no es suficiente. Desde los primeros momentos en que la Geografía pasó a poseer entidad propia en nuestro país (con cierto retraso respecto a Europa y al resto de países desarrollados), los profesores universitarios han animado a sus alumnos en la esperanza de poder ejercer algún día la Geografía aplicada. Pero tales promesas y tales esperanzas por parte de los nuevos licenciados (especialistas sólo en Geografía, y no en Geografía e Historia, como sus maestros) no han visto posibilidades de realización merced al «establishment» del sistema.

No existe hoy por hoy ninguna colocación —ni en la empresa pública ni en la privada— que permita a los nuevos geógrafos poner en práctica sus conocimientos para beneficio de la comunidad.

Ni siquiera los especialistas en demografía y geografía de la población pueden incorporarse a los

organismos encargados de la demografía y de la distribución de la población, como pueden ser los Institutos de Estadística locales o nacionales: parece ser que es necesario haber obtenido la licenciatura en Económicas, Sociología o Políticas para incorporarse a tales puestos laborales.

Por otra parte, son muchas las empresas privadas que muy bien podrían acoger a los nuevos geógrafos entre sus profesionales. Pero la tradicional costumbre de considerar a los hombres de Letras como hombres de «letras» hace desconfiar a los empresarios de la eficacia científica y técnica del geógrafo.

La media docena de promociones de geógrafos salidos con el famoso «plan Maluquer» de la Universidad de Barcelona parecen encontrarse en un callejón cuya única salida es la enseñanza. Actualmente, como consecuencia del «plan Suárez», los geógrafos vuelven a ser hombres formados a caballo de la Geografía y de la Historia. Pero durante unos pocos años, en Barcelona fue posible formar auténticos especialistas en medio ambiente, que han tenido que refugiarse profesionalmente en las más diversas ocupaciones, haciendo inútiles los empeños de todos aquellos que contribuyeron a independizar la ciencia geográfica de sus antiguos vínculos con la Historia.

Parece difícil que las cosas vayan a modificarse. Resulta casi imposible la creación de un Colegio Profesional de Geógrafos que reúna a cuantos licenciados surgieron durante una generación. Pero pensar que en un futuro no lejano puedan convocarse plazas de geógrafos para cubrir funciones profesionales que hoy ocupan otros licenciados —tanto en la Administración como en la empresa privada—, sólo es una utopía para aquellos que piensan que comunicar y difundir los problemas es una labor estéril. ■ PABLO MORATA.

PROFESIONES

Desamparados geógrafos aplicados

● Recientemente se ha celebrado en Barcelona un Congreso que ha reunido a numerosos enseñantes de Geografía, principalmen-

te profesores de Enseñanza General Básica, aunque no han faltado representantes de la Enseñanza Secundaria y de la Universitaria —en-

